

UN COMPROMISO RADICAL

Sergio Fanjul

Para salvarlo todo hay que cambiarlo todo. Es lo que entiende uno después de asistir al evento Madrid Cero Emisiones. Cambiar la forma de construir (como señaló Iñaki Alonso), cambiar la forma de consumir (SuperCoop), cambiar la forma de educar (Ainhoa Vélez), cambiar la forma de comer (Nani Moré), cambiar la forma de vestir (Pilar Tejada). Etcétera. Hay muchos flecos que cortar, muchos cabos que atar, muchos detalles que tener en cuenta. Cambiar la civilización, torcer nuestra inercia existencial y vivir de otra manera, desde que nos despertamos hasta que nos acostamos. Quizás la mejor forma de colaborar contra el Cambio Climático sea estar dormidos... pero el mero hecho de respirar también emite Co2. Vivir mata, y calienta el planeta.

Ante esta tarea tan fundamental y hercúlea, tan imbricada en cada pequeña actuación de la vida cotidiana, se deja llevar uno por pensamientos sombríos. ¿Cómo poner de acuerdo a tanta gente, a la especie humana entera, si cuando nos han dejado hablar entre todos libremente, como en las redes sociales, solo hemos conseguido generar polarización, bronca y fango? Se acuerda uno de opciones casi más factibles y alucinadas, o no tanto, como el antinatalismo o las tesis de la Iglesia de la Eutanasia de Chris Korda: dejar que la especie se extinga, no violentamente, sino con languidez: dejando de tener prole. Algún ser humano será el último y se quedará muy triste, esperando el final, sin tener a nadie con quien hablar por WhatsApp. ¿Nos preocupa tanto el planeta como para desaparecer en su beneficio? ¿Nos haríamos el harakiri en pos de una mayor armonía cósmica? Más que Extinction/Rebellion, sería Extinction/;Oh yeah!

Pero no nos pongamos apocalípticos: en tiempos de crisis aumenta la imaginación distópica. Vemos series asombrosamente verosímiles como Black mirror o Years and years donde se narran catástrofes de toda índole en un plazo inquietantemente cercano. El futuro ya no es un lugar asombroso al que viajar, sino un muro que se cierra frente a nuestras narices. Como explicó Kois en el evento, este tipo de ficciones pueden llegar a acostumbrarnos a pensar en el futuro en estos términos (como hacía yo en el párrafo anterior) y que ese futuro sea ya tan familiar que impida la acción colectiva.

En teoría la solución es así, colectiva: solo hay que tomar conciencia de la dureza del reto y ponerse de acuerdo entre todos. Suena fácil. Gobiernos, empresas, sociedad civil. En la práctica hay obstáculos mastodónticos: presiones económicas y políticas, falsos aliados (como los retardistas), enemigos

(como los negacionistas) o el problema de la acción colectiva: como esto depende de todos, cada uno piensa que su acción personal es infinitesimal, o sea, que no tiene importancia, de modo que nadie actúa como debería. ¿Qué importa que yo consuma más energía si soy solo una persona perdida en un planeta con miles de millones? Ya ahorrarán los demás. También influye el cortoplacismo personal y político/electoral que señaló al comienzo del show la volcánica Antonella Broglia, y que no nos deja ver mucho más allá de nuestras narices.

Por eso hace falta concienciar con consecuencias concretas y romper la “burbuja verde”, como señalaron las artífices de Climabar (por si fuera poco, también hay que aprender comunicar de otra manera), llegar a un entendimiento transversal y, como concluyó Julio Lumbreras, alcanzar un “compromiso radical”. En Madrid Cero Emisiones se hicieron palpables, eso sí, los mimbres más necesarios para cambiar todo lo que hay que cambiar: la movilización popular y la esperanza.

